



CAPÍTULO XXIX

La huida del rey La reacción — Fin de la Asamblea Constituyente

LA Gran Revolución está llena de acontecimientos altamente trágicos: la toma de la Bastilla, la marcha de las mujeres a Versalles, el asalto de las Tullerías y la ejecución del rey han resonado en el mundo entero, y todos hemos aprendido sus fechas en la infancia. Sin embargo, junto a hechos tan memorables, ha habido otros que suelen olvidarse y que, a nuestro juicio, tuvieron aún más alta significación por resumir en un momento dado el espíritu de la Revolución y para determinar su marcha venidera.

Puede decirse que para la caída de la monarquía, el momento más significativo de la Revolución, el que mejor resume la primera parte y que en lo sucesivo dió a toda su marcha cierto carácter popu-

lar, es el 21 de junio de 1791, aquella noche memorable en que unos desconocidos, unos hombres del pueblo, detuvieron al rey fugitivo y su familia en Varennes, en el momento en que iban a pasar la frontera y a echarse en brazos del extranjero. De aquella noche data la caída de la monarquía. En aquel momento entra el pueblo en escena para rechazar los políticos a un segundo término.



GORRO GIRONDINO

Conocida es la aventura. Todo un complot se había urdido en París para la evasión del rey al otro lado de la frontera, donde se pondría a la cabeza de los emigrados y de los ejércitos alemanes. La corte acariciaba ese plan desde septiembre de 1789, y parece que Lafayette tenía de él conocimiento (1).

Se comprende que los realistas vieran en esa evasión el medio de poner al rey en segu-

ridad y de dominar al mismo tiempo la Revolución. Pero muchos revolucionarios de la burguesía favorecían también ese plan: los Borbones, una vez fuera de Francia, pensaban, se pondría a Felipe de Orleans en el trono, quien otorgaría una constitución burguesa, y no se necesitaría ya el concurso, siempre peligroso, de las rebeldías populares.

El pueblo hizo fracasar el plan.

Un desconocido, Drouet, ex-empleado de correos, reconoció al rey al pasar por una aldea del camino; pero el carruaje real partió al galope. Entonces Drouet y uno de sus amigos, Guillaume, se lanzan, durante la noche, a rienda suelta en su persecución. Sabían que los bosques

(1) Véase la carta del conde de Estaing a la reina, cuyo borrador, hallado después, fué publicado en la *Histoire de la Révolution par Deux Amis de la Liberté*, 1792, t. III, ps. 101-104; Luis Blanc, t. III, 1852, ps. 175. 176.

que se prolongan a lo largo del camino estaban vigilados por los húsares, que habían venido a la carretera general para recibir el coche real en el Puente de Somme-Vesle, pero no viéndole venir y temiendo la hostilidad del pueblo, se habían retirado al bosque. Drouet y Guillaume evitaron las patrullas siguiendo los senderos que les eran conocidos, pero no alcanzaron el coche hasta Varennes, donde le retuvo la circunstancia de no haberse encontrado en el punto de cita los húsares y el relevo del tiro del coche. Una vez allí, adelantándose Drouet un poco, se presentó en casa de un tabernero amigo. — *¿Eres tú buen patriota?* le preguntó. — *¿Puedes dudarlo?* — *¡Entonces, vamos a detener al rey!*



GORRO JACOBINO

En seguida, sin ruido, obstruyen el camino, atravesando en el puente del Aire un carruaje cargado de muebles que casualmente se hallaba allí cerca. Después, seguido de cuatro o cinco ciudadanos armados, detienen a los fugitivos en el mismo momento en que su coche, descendiendo de la Ciudad Alta hacia el puente del Aire, llegaba bajo la bóveda de la iglesia de San Gençoult (1).

Drouet y sus amigos hicieron apearse a los viajeros, a pesar de

(1) Es verosímil, según os documentos auténticos recogidos y analizados por M. G. Lenôtre (*Le drame de Varennes: Juin 1791*, París, 1905, ps. 151 y sig.), que Drouet sólo tuvo sospechas respecto de los viajeros; que vacilaba, y que no se lanzó en su carrera a través de los bosques hasta que vió confirmadas sus sospechas por Juan de Lagny, muchacho de trece años, hijo del maestro de postas de Chantrix, J-B. Lagny, que llegó a Sainte-Menehould, en rapidísima carrera, trayendo la orden de detener la berlina real, firmada por Bayon, uno de los voluntarios enviados de París en la mañana del 21 de junio, por Lafayette, en persecución del rey. Bayon, después de haber recorrido treinta y cinco leguas en seis horas, cambiando diez veces de caballo, y no pudiendo más, se detuvo por un momento en Chantrix y se apresuró a enviar «un correo delante de sí. • Es muy probable también (ps. 62 y 63 de la misma obra) que Luis XVI hubiese sido ya reconocido en Chantrix por Gabriel Vallet, que había asistido en París a la fiesta de la Federación. Ese mismo Vallet condujo la berlina hasta Chalons donde seguramente no guardó el secreto.

sus protestas, y mientras la municipalidad visaba sus pasaportes, les hicieron pasar a la trastienda del tendero Sauce, donde el rey, claramente reconocido por un juez residente en Varennes, se vió forzado a abandonar su papel de criado de «Madame Korff», y, siempre astuto, lamentó los peligros que su familia corría en París por parte de los Orleans, para excusar su evasión.

Pero el pueblo no se dejó engañar, y comprendió en seguida los planes y la traición del rey. Las campanas tocaron a rebato, y su eco, esparcido desde Varennes de pueblo en pueblo a través del silencio de la noche y de la soledad de los campos, atrajo de todas partes campesinos armados con horquillas y estacas. Esperando el día guardaron al rey, y dos campesinos con la horquilla en la mano hacían centinela a la puerta de su prisión provisional.

Los campesinos acudieron a miles por todo el camino, desde Varennes a París, y paralizaron a los húsares y los dragones de Bouillé, de quienes Luis XVI se había fiado para su evasión. En Sainte Menehould se tocó a rebato inmediatamente después de la partida del rey, lo mismo que en Clermont-en-Argonne. En Sainte Menehould el pueblo desarmó a los dragones que llegaron para escoltar al rey, y después fraternizó con ellos. En Varennes, los sesenta húsares alemanes destinados a la escolta real hasta el encuentro de los fugitivos con Bouillé, y que estaban apostados en la Ciudad Baja, al lado opuesto del Aire, bajo el mando del subteniente Rohrig, apenas se dejaron ver. El oficial desapareció, sin que jamás se haya sabido de él; y en cuanto a sus soldados, después de haber bebido todo el día con los habitantes (quienes les ganaban para la causa fraternizando con ellos), se olvidaron del rey y gritaban *¡Viva la nación!*, mientras que la población en masa, advertida por el toque de rebato, se agolpaba en las inmediaciones de la tienda de Sauce.

Las inmediaciones de Varennes se cubrieron de barricadas para impedir a los hulanos de Bouillé la entrada en la ciudad. Y desde el amanecer gritó la multitud: *¡A París! ¡A París!*

Los gritos redoblaron cuando a las diez de la mañana llegaron dos comisarios, enviados el día 21 por la mañana, uno por Lafayette

y otro por la Asamblea para detener al rey y su familia. *¡Que partan inmediatamente! ¡Los llevaremos a la fuerza!* gritaron los campesinos, furiosos cuando vieron que Luis XVI trataba de ganar tiempo esperando la llegada de Bouillé y de sus hulanos. No habiendo más recurso, y después de haber destruído los papeles comprometedores, el rey



HUÍDA DEL REY

Agua fuerte de la época, con esta leyenda:

* Luis XVI, disfrazado de cocinero, se adelanta, precedido de la reina, apoyada sobre el conde Fersen, hijo indigno de glorioso padre, hacia el carruaje donde Madama Real y el Delfín van entrando.

La reina pisotea la buena fe y recibe consejos del águila imperial.

El fanatismo, bajo la figura del papa, agita sus antorchas para iluminar la ruta.

Los señores del acompañamiento van saliendo de la alcantarilla de las Tullerías. »

y su familia emprendieron el retroceso a París, donde los condujo prisioneros el pueblo. Aquello fué el fin de la monarquía caída en el oprobio.

El 14 de julio de 1789 la monarquía perdió su fortaleza, pero conservó su fuerza moral, su prestigio. Tres meses después, el 6 de octubre, el rey se constituía en rehén de la Revolución, pero el principio monárquico quedaba en pie. El rey, a cuyo rededor se unían los propietarios, era todavía muy poderoso. Los mismos jacobinos no osaban atacarle.

Pero la noche en que el rey, disfrazado de doméstico y guardado por campesinos, pasó en la trastienda de un especiero de pueblo, codeándose con los «patriotas» a la luz de una bujía colocada en un farol; aquella noche en que se tocó a rebato para impedir que el rey hiciera traición a la nación y en que los campesinos acudieron para restituirle prisionero al pueblo de París; en aquella noche la monarquía se hundió para siempre. El rey, antes símbolo de la unidad nacional, perdía su razón de ser al convertirse en símbolo de la unión internacional de los tiranos contra los pueblos. Todos los tronos de Europa se resintieron de aquel hecho.

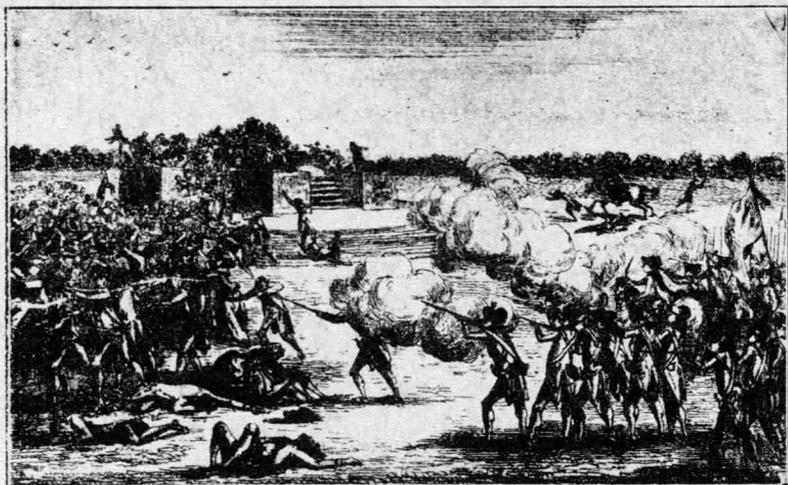
Al mismo tiempo el pueblo entraba en liza para forzar la mano a los legisladores políticos. Aquel Drouet, que obró por su propia iniciativa y burló los planes de los políticos; aquel provinciano que, durante la noche, por su propia inspiración, montó en su caballo y le hizo franquear a galope valles y colinas en persecución del traidor secular, el rey, es la imagen del pueblo que, desde aquel instante, a cada momento crítico de la Revolución, había de tomar la dirección de los asuntos públicos y dominar a los políticos.

La invasión de las Tullerías por el pueblo en 20 de junio de 1792, la marcha de los suburbios de París contra las Tullerías el 10 de agosto de 1792, la destitución y lo demás, todos esos grandes acontecimientos se sucedieron después como una necesidad histórica.

La idea del rey, cuando trató de evadirse, era ponerse a la cabeza del ejército que mandaba Bouillé, y, sostenido por un ejército alemán, marchar sobre París. Una vez reconquistada la capital, ya se sabe hoy lo que los realistas se proponían: detener a todos los «patriotas», las listas de proscripción ya estaban hechas; ejecutar a unos, deportar o apresar a otros; abolir todos los decretos que la Asamblea había votado para restablecer la Constitución o para combatir al clero; restablecer el antiguo régimen con sus órdenes y sus clases; reinstalar a mano armada y por medio de ejecuciones sumarias los diezmos, los derechos feudales, los derechos de caza y todos los tributos feudales del antiguo régimen. Tal era el plan de los realistas, y no lo ocultaban. — «Esperad, señores patriotas, decían a quien quería oírles;

pronto se os hará pagar vuestros crímenes.» El pueblo, como ya hemos visto, burló ese plan. El rey, detenido en Varennes, fué conducido a París bajo la vigilancia de los patriotas de los suburbios.

Se hubiera creído que desde entonces la Revolución seguiría a paso de gigante su desarrollo lógico. Una vez probada la traición del rey,



MATANZA DEL PUEBLO ANTE Y SOBRE EL ALTAR DE LA PATRIA
EN 17 DE JULIO DE 1791

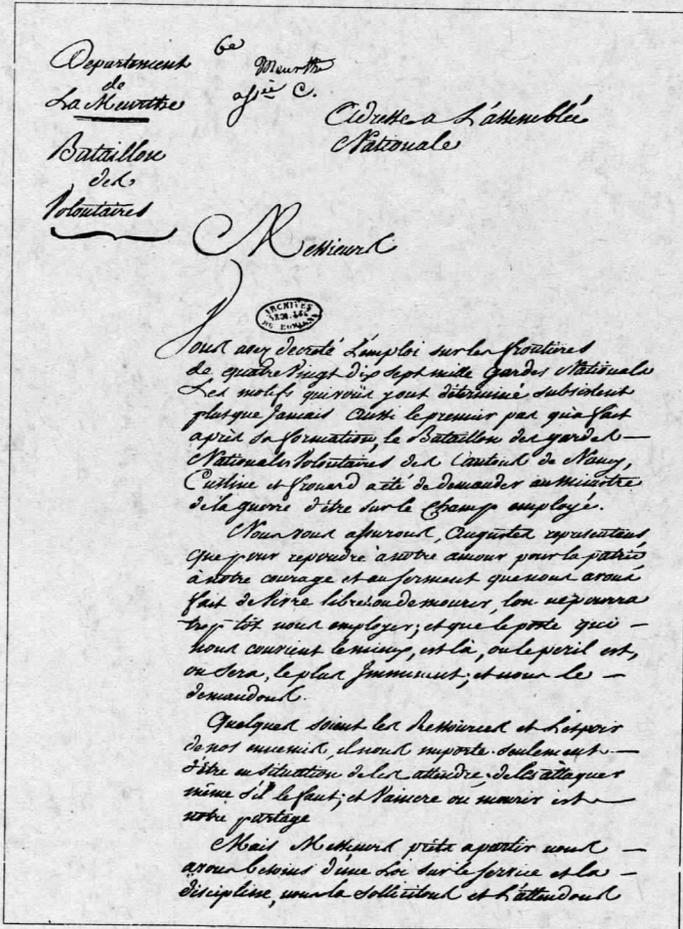
parecía natural proclamar la destitución, derribar las viejas instituciones feudales e instaurar la república democrática.

Pues no fué así. Por el contrario, le reacción triunfó definitivamente un mes después de la huída a Varennes, y la burguesía se dió buena prisa de dar a la monarquía una nueva garantía de inmunidad.

El pueblo comprendió inmediatamente la situación. Era evidente que no se podía ya dejar al rey en el trono. Reintegrado en palacio, emprendería de nuevo la trama de sus conspiraciones y formaría complots más activamente con Austria y con Prusia. Impedido ya de salir de Francia, pondría más empeño en acelerar la invasión. El rey no había adquirido experiencia; continuaba, como si nada de particular hubiera sucedido, negando su firma a los decretos que

atacaban el poder del clero y las prerrogativas de los señores. Era preciso, pues, destronarle, pronunciar su destitución.

Así lo comprendió el pueblo de París y una buena parte del de las provincias. En París se comenzó desde el 22 de junio a destruir



los bustos de Luis XVI y a borrar las inscripciones reales. La multitud invadió las Tullerías; se hablaba al aire libre contra la monarquía, se pedía la destitución. Cuando el duque de Orleans se paseó por las calles de París con la risa en los labios, creyendo ganarse una corona, se le volvió la espalda: ya no se quería rey. Los franciscanos pidieron

francamente la república y firmaron un manifiesto en que se pronunciaban todos contra los reyes, calificándolos de «tiranícidas». El Cuerpo municipal de París hizo una declaración análoga. Las secciones de París se declararon en permanencia; los gorros de lana

DEPARTAMENTO

de
La Meurthe

Batallón
de
Voluntarios

Mensaje a la Asamblea Nacional

Señores :

Habéis decretado la ocupación de las fronteras por noventa y siete mil Guardias Nacionales.

Los motivos que a tal decreto os han determinado subsisten hoy más que nunca. En su vista, el primer paso que, después de su constitución, ha dado el batallón de los Guardias Nacionales Voluntarios de los cantones de Nancy, Custine y Frouard, ha sido pedir al Ministro de la Guerra ser inmediatamente empleado.

Tened la seguridad, augustos representantes, que para responder a nuestro amor a la patria, a nuestro valor y al juramento que hemos hecho de vivir libres o morir, debe empleárenos cuanto antes, y que el puesto que nos conviene es aquel en que el peligro sea o haya de ser más inminente, y ese es el que pedimos.

Cualesquiera que sean los recursos y la esperanza de nuestros enemigos, sólo deseamos hallarnos en situación de esperarlos, atacarlos si es preciso y cumplir nuestro propósito de vencer o morir.

Pero, señores, pronto a partir, necesitamos una ley sobre el servicio y la disciplina, la solicitamos y la esperamos...

y los hombres de las picas reaparecieron en las calles: se estaba en vísperas de un nuevo 14 de julio. El pueblo, en efecto, estaba dispuesto a ponerse en movimiento para derribar definitivamente la monarquía.

La Asamblea Nacional, bajo el impulso del movimiento popular,

marchó adelante: procedió como si no hubiera rey. ¿No había abdicado, en efecto, por su misma huida? Se apoderó del poder ejecutivo, dió órdenes a los ministros y se hizo cargo de las relaciones diplomáticas. Francia vivió sin rey durante quince días.

Pero la burguesía cambió de opinión, se puso en oposición abierta con el movimiento republicano, y la actitud de la Asamblea cambió



MODA DE LA ÉPOCA

en el mismo sentido. Cuando todas las sociedades populares y fraternales se pronunciaron por la destitución, el club de los Jacobinos, compuesto de burgueses estatistas, repudió la idea de república y se pronunció por la conservación de la monarquía constitucional. — «La palabra república espanta a los fieros jacobinos», dice Real en la tribuna de su club. Los más avanzados entre ellos, incluso Robespierre, temen comprometerse; no se atreven a pronunciarse por la destitución y hablan de calumnia cuando se les llama republicanos.

La Asamblea, tan resuelta el 23 de junio, vuelve bruscamente sobre sus decisiones, y el 15 de julio lanza apresuradamente un decreto declarando inocente al rey y pronunciándose contra la destitución y contra la república. Desde aquel momento pedir la república se consideró criminal.

¿Qué pasó durante esos veinte días para que los jefes revolucionarios de la burguesía virasen de bordo tan repentinamente y tomaran la resolución de retener a Luis XVI en el trono? ¿Manifestó acaso su arrepentimiento? ¿Dió garantías de sumisión a la Constitución? No, no hubo nada de eso. Lo que sucedió fué que los agitadores burgueses vieron otra vez el espectro que les atemorizaba desde el 14 de julio y el 6 de octubre de 1789: ¡el levantamiento del pueblo! Los

hombres de las picas se habían lanzado a la calle, y las provincias parecían dispuestas a sublevarse, como en agosto de 1789. El espectáculo de los miles de campesinos que al toque de rebato acudían al camino de París a conducir al rey preso a la capital, les hizo temblar. Y a continuación el pueblo de París se armaba y pedía el avance



PROPAGANDA ANTIMILITARISTA

revolucionario. la república, la abolición de los derechos feudales, la igualdad sin frases. ¿No se convertirían en realidades la ley agraria, la tasa del pan y el impuesto sobre los ricos?

¡No; antes el rey traidor y la invasión extranjera que el triunfo de la revolución popular!

He ahí por qué la Asamblea se apresuró a poner término a la agitación republicana con el decreto del día 15, que absolvía al rey, le restablecía sobre el trono y declaraba criminales a los que pidieran que la Revolución recuperara su movimiento ascendente.

En aquella ocasión los jacobinos, los supuestos directores de la Revolución, después de un día de vacilaciones, abandonaron a los

republicanos que se proponían iniciar el 17 de julio, en el Campo de Marte, un gran movimiento popular contra la monarquía. Y entonces, la burguesía contra-revolucionaria, segura de su plan, reunió su guardia nacional burguesa, la lanzó contra el pueblo desarmado y reunido ante el «altar de la patria» para firmar una petición republicana, hizo desplegar la bandera roja, proclamó la ley marcial e hizo una carnicería en las masas populares republicanas.



MODA DE LA ÉPOCA

Entonces comenzó un período de franca reacción que fué acentuándose hasta la primavera de 1792.

Los republicanos, autores de la petición del Campo de Marte, que pedían la destitución, fueron evidentemente perseguidos. Danton hubo de pasar a Inglaterra (agosto de 1791). Robert (francamente republicano, redactor de las *Revoluciones de París*), Freron, y sobre todo Marat, se vieron obligados a ocultarse.

Aprovechando un momento de terror, la burguesía se apresuró a limitar más los derechos electorales del pueblo. En lo sucesivo, para ser *elector* se necesitaba, además de las diez jornadas de trabajo pagadas en contribuciones directas, poseer en propiedad o en usufructo un bien evaluado de 150 a 200 jornadas de trabajo. Como se ve, los campesinos quedaban absolutamente privados de todos los derechos políticos.

Después del 17 de julio (1791) fué peligroso decirse o ser llamado republicano, y pronto hubo revolucionarios que calificaron de «hombres perversos», que «no tienen nada que perder y todo lo pueden ganar con el desorden y la anarquía», a cuantos pedían la destitución del rey y la proclamación de la República.

Poco a poco se envalentonó la burguesía, y en medio de un movimiento realista pronunciado, y con el estruendo de ovaciones entusiastas con que la burguesía parisiense aclamaba al rey y a la reina, fué el rey a la Asamblea el 14 de septiembre de 1791 a aceptar y jurar solemnemente la Constitución, a la que había de ser perjuro el mismo día.

Quince días después se separaba la Asamblea Constituyente, y con ese motivo los constitucionalistas renovaron sus manifestaciones



SAINTE MENEHOULD — CÁMARA HISTÓRICA DE LA FAMILIA REAL

realistas en honor de Luis XVI. El gobierno pasaba a la Asamblea Legislativa, elegida por el sufragio restringido y evidentemente más burguesa que la Asamblea Constituyente.

La reacción continuaba acentuándose. Hacia el final de 1791, los mejores revolucionarios llegaron a desesperar por completo de la Revolución. Marat, creyéndola perdida, escribía en el *Amigo del Pueblo*: «La revolución ha fracasado...» Pedía que se hiciera un llamamiento al pueblo, pero no se le escuchaba. En su diario del 21 de julio decía: «¡Un puñado de infelices (unos pobres) han derribado los muros de la Bastilla! Recúrrase a ellos y acudirán como el primer día: no desean más que combatir contra sus tiranos; pero entonces podían obrar libremente, y hoy están encadenados.» Encadenados por sus mismos directores, por supuesto. En 15 de octubre de 1791

continuaba diciendo Marat: «Los patriotas no osan ya mostrarse, y los enemigos de la libertad llenan las tribunas del Senado y se hallan en todas partes.»



LUIS XVI ACEPTANDO SOLEMNEMENTE LA CONSTITUCIÓN
DEL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1791

Alegoría de la época

El rey acepta el pacto nacional con estas palabras :

Juro ser fiel a la nación y a la ley, empleando todo el poder que me es delegado en mantener la Constitución decretada.

He ahí lo que llegaba a ser la Revolución a medida que los burgueses y sus «intelectuales» triunfaban.

Esas mismas palabras de desesperación las repetía Camilo Des-

moulins en el club de los Jacobinos el 24 de octubre de 1791. «Los reaccionarios, decía, han dirigido el movimiento popular de julio y agosto de 1789 hacia su provecho particular. Los favoritos de la corte hablan hoy de la soberanía del pueblo, de los derechos del hombre y de la igualdad de los ciudadanos para engañar al pueblo y ostentan el uniforme de la guardia nacional para obtener y hasta para comprar las plazas de jefes. A su rededor se unen los sostenedores del trono. Los demonios de la aristocracia han dado prueba de una habilidad infernal.»

Prudhomme decía resueltamente. «*La nación ha sido traicionada por sus representantes y el ejército por sus jefes.*»

Pero Prudhomme y Desmoulin podían mostrarse al menos; pero Marat, el revolucionario popular, hubo de ocultarse durante algunos meses, no sabiendo a veces dónde refugiarse para pasar la noche. Se ha dicho de él, con razón, que defendía la causa del pueblo con la cabeza sobre el tajo. Danton pudo escapar a Londres cuando iban a detenerle.

La misma reina, en su correspondencia secreta con Fersen, por cuya mediación dirigía la invasión y preparaba la entrada de los ejércitos alemanes en la capital, hacía constar «un cambio bien visible en París». «El pueblo, continuaba diciendo, no lee ya los diarios.» «Sólo se preocupa de la carestía del pan y de los decretos», escribía en 31 de octubre de 1791.

¡La carestía del pan y los decretos!

El pan para vivir y continuar la Revolución, porque escaseaba desde octubre, y los decretos contra los curas y los emigrados, que el rey se negaba a sancionar.



SAINTÉ MENEHOULD
CASAS VIEJAS DE LA RUE DES PRÉS

La traición estaba en todas partes, y se sabe hoy que en aquella misma época, final de 1791, Dumouriez, el general girondino que mandaba los ejércitos del Este, estaba en tratos con el rey. Le dirigió una Memoria secreta sobre los medios de detener la Revolución. Después de la toma de las Tullerías se halló aquella Memoria en el armario de hierro de Luis XVI.

